



EFREN GALVÁN

• LUIS MARIO SCHNEIDER

Donde se espía la soledad: las imágenes de Efrén Galván

Sor Juana Inés nunca contempló una fotografía, pero si la hubiera visto, la involucraría sin duda en este vanidoso soneto donde se "Procura desmentir los elogios que a un retrato de la Poetisa inscribió la verdad, que llama pasión". Seguramente sería otro.

[...]engaño colorido
que del arte ostentando
los primores con falsos
silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido
[...]
excusar de los años los horrores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado
[...]
es un resguardo inútil para el hado.

Sí, quizá sólo seamos cadáver, polvo, sombra, nada; pero el arte es esencialmente una venganza contra el tiempo, una desesperada alianza con la eternidad, uno de los únicos sortilegios de la continua presencia, el conjuro más perpetuo.

Precisamente las artes visuales generan inmortalidad. Más aún la sensitiva

velocidad de una cámara fotográfica —sin pensar todavía a lo que puede llegar y a lo que llegará— detiene el cambio, paraliza el movimiento, congela conmovedora esa fracción que va a ser el después, el luego de otra cosa.

Efrén Galván, joven artista mexicano, sabe de esta solapada lucha entre la existencia desligada en el tiempo, cambiante y abismal, con una detención y parálisis conseguida por la química y el lente. Galván siente pasión por los maniqués, por esos seres extraños cuyo aterrador silencio es vivir sin modificación, como burlándose del transcurrir humano. Pero aquí no termina, tal vez comienza la gran ironía: el maniquí remeda la figura del hombre como las muñecas, es un reemplazo para volver a disfrazarnos y Galván las disfraza, las hace actuar, las viste y las reviste entre profundos contrastes, perturbado, a veces, por el coloreado preciso, por un minúsculo tecnicolor para acentuar más que agresividades, timideces, miradas escrutadoras, de espionaje.

Los maniqués seleccionados por Galván son mujeres, la mayoría rostros que entre despeines y gafas —doble mascarada—, entre torbellinos y refinados perfiles, se muestran distantes en una primera ojeada que niega enseguida una actitud introspectiva, ensoñadora, que nos fuerza a desentrañarla. Galván hace vivir a la estatua, son mujeres solitarias, bellas mujeres desamparadas que interrumpen pocas veces su isla para compartir, como en el caso de aquella *flapper* de escotadas gasas, que en deleitosa y burbujeante bañera se



autocontempla en un espejo de bucólica y enamorada añoranza, rodeada de cristalería y de cisnes, postrimerías *art nouveau* eternizadas en el bronce de unos grifos. O esa otra presencia colectiva y voluptuosa, felina y descarada, exhibiéndose entre danzas y gestos.

La mayoría del diseño fotográfico rechaza la ambientación, cuando no la diluye o sugiere. Algunas veces les rodean extrañas articulaciones, veleidosos rascacielos, modernas persianas, simétricos biombos que como pesadillas distantes las vuelven a petrificar.

Después del singular universo de los maniqués, Efrén Galván nos presenta un conjunto de fijaciones colectivas. Es el mundo moderno que ingresa para compartir la vida callejera de alguna de las bocacalles, de las esquinas, pasadizos o rincones de ciudades europeas. Ahí está Londres con el ocio de los *punk* que, como negros puercoespines, dejan de contemplarse con su pesado cansancio, con su cresta y su crédulo descreimiento, el negro baterista o la juvenil banda que viven de la propina callejera para pagar el placer de viajar. Lo mismo el mago de azulino color que hace revivir ante un público azorado, las torturadas hazañas de un Houdini.

A los encierros de los maniqués se contraponen ahora abiertas perspectivas, delineados volúmenes, límpidas fachadas que recogen como centro la presencia individual, el actor vigilado por un enjambre de anónimos transeúntes.

Más que influencia, Galván tiene encuentros espirituales con célebres



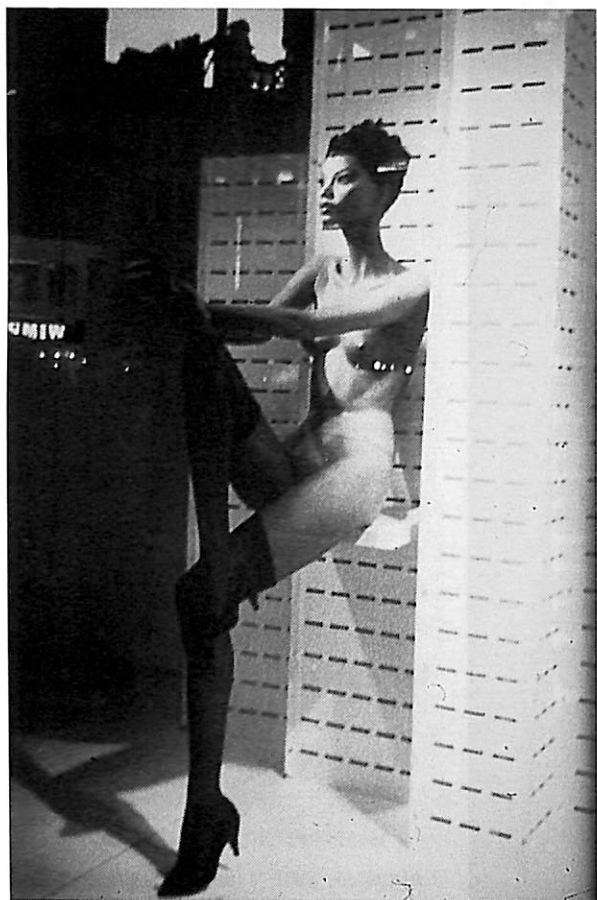
fotógrafos de nuestra época: con la filiación y la elegancia sofisticada de Gordon Paks, el creador del estilo Vogue, y que con Eugene Atjet, aquel que nos dio visiones de la vida cotidiana parisina a comienzos del siglo, o del más actual Robert Doisneau con sus imágenes poéticas un tanto humorísticas.

Efrén Galván, hábil e incansable investigador de la fotografía, apoya su realización en la búsqueda de la precisión en el claroscuro; tanto en el penetrante negro, como en la luminosidad de los blancos, jugando en campo de grises, los cuales revelan una exactitud matemática de contornos, aunque algunas veces la placa exige una pincelada cromática, Galván acepta este mandato-arte, con dominio e intensidad de la propia creación.

Me interesan y me preocupan los perfiles visuales que capta la cámara de Efrén Galván, Me inquieta la realidad de sus imágenes, en particular aquéllas habitadas por una especie de gran silencio, también de gran mudez que contagian, la palabra sería que contaminan, hacia un insólito mundo ¿hacia qué insólito mundo nos remitirá? LC

*Malinalco,
20 de marzo de 1988.*





EFREN GALVÁN